

neció impasible. «Si, la empresa es ardua, les decia; pero ya es tarde para retroceder;» y al propio tiempo hacia brillar á sus ojos la gloria impercedera y los inmensos tesoros que iban á adquirir.

En semejante situacion, la audacia era solo prudencia. Intimó pues á Coge Atar que aceptase la soberania de Portugal, si no queria que su capital sufriera la misma suerte que Mascata; y fué tal la impresion de esta increíble amenaza, que creyó aquel el peligro asáz inminente para no rechazar tan inesperado mensaje, procurando solamente ganar tiempo para llamar á sí á cuantos debian temer los progresos de los europeos. Albuquerque, que penetraba sus designios, no le dió tiempo para ello, y á los cuatro dias de vanas negociaciones, precipitóse de improviso con sus seis buques contra la poderosa escuadra de los musulmanes, y al cabo de la jornada, desesperando los moros de vencer, huyeron en todas direcciones en medio de una espantosa matanza. Albuquerque se aprovechó de su terror para desembarcar y penetrar en Ormuz, apesar de la cruel herida que recibió en la cara, y llamando en su ayuda el cañon y el incendio, causó tanto estrago en aquella hermosa ciudad, que para salvar al menos sus restos, los moros consintieron en aceptar todas sus condiciones. El rey de Ormuz se reconoció vasallo de Manuel, y prometió un tributo anual de doce mil cruzados. Aquel era el mas brillante triunfo de los portugueses, triunfo que se debía al genio de Albuquerque!

Desgraciadamente, mientras Albuquerque se ocupaba en perpetuar los resultados de su victoria con la fundacion de una vasta ciudadela á las mismas puertas de Ormuz, algunos de sus soldados, seducidos sin duda por la opulencia que brillaba á su vista, habian pasado al campamento de Coge Atar á quien aconsejaron que no cumpliera sus promesas, indigna traicion que triunfó de aquel á quien no pudieron vencer todas las fuerzas de un reino poderoso. Vendido por los desertores, y abandonado el dia del combate por tres de sus capitanes que apesar de sus órdenes se dirigieron hácia el Malabar, hubo de salvarse con sus fieles compañeros, saliendo de Ormuz y de la ciudadela que habia construido; pero al soltar su presa, Albuquerque no renunciaba á ella, y Ormuz expió muy pronto la fuga de su vencedor.

El virey Albuquerque 1508 se apodera de Goa y de Malacca; primeras relaciones con la Indo-China y la Oceania.

No contentos con haber violado las leyes del honor y de la disciplina, los oficiales que acababan de hacer tan infame traicion á Albuquerque, le habian acusado ante Almeida, y fuese envidia ó debilidad, este les creyó, y recompensó sus hazañas con procedimientos judiciales; de suerte que el conquistador de Ormuz, de Socotora y de Mascata, corria peligro de ser infamado por unos traidores, cuando llegó el despacho que le nombraba virey. Aunque esta noticia le causó el efecto del rayo, Almeida procuró al principio disimular su dolor, no quiso resistir, y como los enemigos del nuevo virey le escitaban á ello en nombre de su gloria y de su seguridad: «No, les dijo, ya no es tiempo; hay que obedecer.» Sin embargo, tuvo la desgracia de no persistir en su buena resolucion, pues se trasladó luego á Cochín, y cuando Albuquerque le hizo presente con respeto la voluntad de Manuel, respondióle con insultos primero, y con las armas despues, sin temor de empañar la pura gloria de su nombre.

Poco duró esta indignidad, pues Albuquerque, ayudado por un pariente suyo, el mariscal de Portugal, recién llegado con quince galeras, se encontró en el caso de exigir lo que hasta entonces habia pedido. Almeida se embarcó en seguida, y como para expiar sus pocos dias de estravío, fué á hacerse matar oscuramente por los cafres, cerca del cabo de Buena Esperanza, en la bahía de Saldagna (1509). En tanto, Albuquerque inauguraba su mando con el perdon de todos sus enemigos; y habiendo muerto poco despues Juan de Nuevas, el mas ilustre de ellos, olvidó sus faltas para acordarse únicamente de su gloria; vistió luto, y presidió sus funerales. Su corazon era digno de su genio.

El gobierno de Albuquerque principió con un desastre debido al aturdimiento del mariscal Coutinho, que no venia, decia él, por especias, sino para acabar con Calicut. Todos los consejos fueron inútiles, y pereció al pié de los muros de aquella ciudad, cuando se creia seguro de la victoria. El ejército de su mando debió al virey su salvacion.

Anheloso de compensar este golpe con algun triunfo notable,

Albuquerque se preparó sin descanso para renovar la importante conquista de Ormuz; pero le distrajerón los ruegos de Timoia, quien, arrojado de Goa por uno de los enemigos mas irreconciliables de los portugueses, por Idalcan, solo de ellos aguardaba su restablecimiento.

La oferta de Timoia era seductora, pues colocada en el centro mismo de la costa de Malabar, y en una isla de diez leguas formada por los dos brazos del Mandova, la ciudad de Goa era ya célebre en toda el Asia, así por la fortaleza de su posición, como por la belleza de sus dos puertos. Calicut debía su importancia y riqueza á la veneración de los musulmanes, al paso que Goa era la capital natural del comercio del Oriente. Albuquerque aceptó pues, y Goa cayó en su poder, por medio de un golpe de mano. Idalcan estaba á la sazón ocupado en combatir contra el rey de Narzinga, y con solo apoderarse Albuquerque del castillo de Pangi, los habitantes se rindieron, contentos de sacudir el yugo de un usurpador aborrecido (17 de febrero de 1510).

Al saber esta noticia, Idalcan se apresuró á negociar con sus enemigos indios, y á dirigir contra los portugueses un ejército considerable; pero despues de algunas ventajas momentáneas, vióse obligado antes de un año á abandonar á los cristianos las islas de Goa, de Chorán y de Divar, con el territorio de Salseta. Durante esta conquista, Albuquerque se distinguió por su dulzura tanto como por su valor; pero digamos tambien para ser justos que Idalcan se mostró digno de tal enemigo por su generosidad caballeresca. Habiendo sabido que los portugueses padecian hambre, ofrecióles víveres para que no pudiera decirse que debía la victoria al hambre y no á sus armas; mas Albuquerque rehusó, para no dejarse aplacar por semejante beneficio. En la segunda campaña contra Goa, el virey tuvo por auxilio al rey de Narzinga. Las disensiones de aquellos príncipes preparaban la sujeción comun.

Cuando Albuquerque se vió definitivamente dueño de la hermosa isla de Goa (20 de noviembre de 1510), no quiso entregarla á Timoia, á quien concedió inmensas riquezas, y la convirtió en plaza de armas, en depósito y en capital del imperio portugués en las Indias. Situada en medio de la costa índica del Asia meridional, en una posición casi inexpugnable, con dos vastos puer-

tos y con abundante agua dulce, Goa estaba en efecto como predestinada para la categoría que le asignaba el genio de Albuquerque, y no tardó en ser Goa *la Dorada*. Desde entonces los establecimientos portugueses, que antes eran miembros separados de un gran cuerpo, tuvieron una cabeza y un lazo comun.

Dueño de Goa, Albuquerque empleó algun tiempo en recorrer el Malabar, en sostener á sus aliados, y en multiplicar las factorías que acababa de plantear en toda la costa del Asia meridional. Pero sus miradas se dirigian al extremo Oriente; las maravillosas narraciones de que Malacca era objeto, excitaban su ambición, y resolvió emprender aquella conquista con las fuerzas recién reunidas para una nueva expedición en el golfo Arábigo. El monzón, que soplabá entonces de oeste á este, cerrándole el camino de Suez, parecia impelerle hácia Malacca.

Capital del Quersoneso de oro, aquella ciudad debía á su admirable posición el figurar en primera línea entre las ciudades mercantiles de Oriente. Los buques de la China, del Japon, de las Molucas, de las Filipinas y de otros veinte países que se aglomeraban de continuo en su puerto, hacian afluir á ella riquezas casi fabulosas. Ningun país del mundo hubiera sido mas dichoso sin el execrable gobierno á que lo sometian los malayos.

Los portugueses habian intentado antes entrar en relaciones con Malacca, y mientras Almeida gobernaba las Indias, una escuadra independiente se habia presentado delante de aquella ciudad, al mando de D. Diego Lopez Siqueira. Recibida con las demostraciones mas amistosas, no tardó en sufrir la perfidia de aquellas hordas bárbaras, y solo pudo escaparse de sus tramas dejando en sus manos á treinta soldados. Albuquerque sacó partido de aquella traición, la cual le sirvió de pretexto para su conquista, facilitada por los preciosos datos que luego despues le trasmitió uno de los treinta prisioneros.

En 1.º de julio de 1511, despues de costear Albuquerque la isla de Ceilan y el Coromandel, presentóse delante de Malacca á través del golfo de Bengala. Componíase su escuadra de diez y nueve navios, y sus tripulaciones de mil cuatrocientos hombres, ochocientos de ellos portugueses; pero tenia que habérselas con una población de cien mil almas, bien guarnecida de cañones, defendida por muchos buques, y por todos los recursos de un po-

deroso imperio. Dícese que vacilaba en su empresa cuando recibió de uno de los prisioneros, llamado Araujo, su amigo de infancia, un billete concebido en estos términos, el cual le volvió toda su energía: «Me amenazan con la muerte si atacais á Malacca; pero no penseis mas que en la gloria y en los intereses de nuestra patria. Si no puedo contribuir á vuestro triunfo, haced al menos de modo que yo no lo impida.» Albuquerque reclamó al punto la restitucion de sus compatriotas, y declaró que el suplicio del gobernador seria una satisfaccion insuficiente. Despues, como el Sultan solo respondiese á sus intimaciones con promesas, dió la señal de ataque, bombardeó la ciudad, dispersó la escuadra, y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, redujo á sus enemigos á aceptar todas sus condiciones. Trescientos mil cruzados, la devolucion de los prisioneros y la construccion de una fortaleza fueron el premio de este triunfo que Albuquerque coronó á los pocos dias con la ocupacion de la ciudad, no obstante los innumerables peligros que hubo de vencer. Era tal la ferocidad de los malayos, que cada calle, cada puente, cada casa, se convertia en teatro de un nuevo combate, y que subyugados por fin á los nueve dias de lucha, abandonaron en masa su ciudad medio destruida. Entre los espléndidos despojos de aquella opulenta capital Albuquerque solo quiso aceptar algunos objetos curiosos y seis leones de bronce, ornamento futuro de su sepulcro. Su botin era la gloria y la admiracion que inspiraba á todos tanto desinterés unido á tanto genio.

La noticia de la ruina de Malacca causó grande conmocion, y luego que la supieron, los soberanos de Siam, de Pegu, de Visapour y de Sumatra solicitaron á porfia la alianza de Portugal, y enviaron pomposas embajadas á Albuquerque, el cual si bien no se alucinó sobre la sinceridad de sus protestas, afectó creer en ellas, entablando con aquellos pueblos algunas relaciones mercantiles. Como entonces no pensaba en llevar mas léjos sus conquistas en la Indo-China, dedicóse esclusivamente á la reedificacion y fortificacion de Malacca, y dos años despues de su partida, cuando un poderoso rey de Java fué á atacarla con un ejército numeroso, Fernando de Adrade y Brito no necesitaron refuerzos para defenderla. Con esto se afianzó mas y mas la dominacion portuguesa.

La sumision de Malacca y los homenajes de los reyes de la Indo-China permitieron tambien á los portugueses emprender en los mares vecinos algunos viajes de exploracion. El mas importante fué el de Antonio y Francisco de Abreu, quienes entraron los primeros en los innumerables archipiélagos de que está rodeada el Asia oriental. Al reconocer las Molucas y las islas inmediatas, en una extension de unas quinientas leguas, aquellos osados marinos no sospechaban que franqueaban los límites de un nuevo mundo, y que penetraban en la Océania, la quinta y última parte del universo (1).

Sumision del Malabar; proyectos de Albuquerque sobre el mar Rojo.

Dejando á sus jóvenes oficiales el cuidado de explotar los triun-

(1) Pasaríamos en silencio uno de los rasgos mas grandiosos de la gloria portuguesa del siglo XVI, si no indicáramos almenos las maravillosas empresas de Magallanes. Fernando de Magalhaens, cuyo nombre hemos desfigurado, era portugués y de noble familia. Habia ya adquirido alguna celebridad en Oriente, y en particular delante de los muros de Malacca, á las órdenes de Albuquerque, cuando ciertas dificultades, de dinero segun dicen, le separaron del servicio de Manuel para consagrarle al de España. Hasta se ha pretendido que tomó carta de naturaleza en este reino, pero nada prueba semejante aserto.

Llegado á la corte de Carlos Quinto, le propuso abrir un nuevo derrotero para las Indias, y obtuvo en seguida cinco buques y doscientos cincuenta hombres de tripulacion, entre ellos varios portugueses. La partida tuvo efecto en 21 de setiembre de 1521, y al principio Magallanes se dirigió al Brasil. Despues, sin dejarse intimidar por las tempestades, ni por las enfermedades, ni por las conjuraciones que reprimió con excesivo rigor, continuó su rumbo á lo largo de la América meridional, y en 21 de octubre del mismo año llegó al cabo de las Virgenes.

Allí descansó algun tiempo, y prosiguiendo luego su viaje entró en un largo estrecho al extremo del cual empezaba el Océano Pacífico. Acababa de dar la vuelta á la América y de abrir en efecto un nuevo camino hácia las Indias. Aquél estrecho es el de Magallanes.

Magallanes no retrocedió ante la inmensidad del nuevo Océano que se extendia á sus ojos, sino que se lanzó á él con confianza, y despues de recorrer unas mil quinientas leguas llegó á Zebu, unas de las Filipinas, en donde fué recibido muy favorablemente, gracias á las disputas que unos contra otros armaban los diferentes reyes de la isla, y hasta se dice que uno de ellos, Mababar, se convirtió al cristianismo; pero esta intimidación no duró mucho tiempo, y Magallanes pereció luchando contra el soberano de Matan, sin que ni siquiera pudiesen salvar sus restos.

Sus compañeros continuaron su obra: descubrieron las Molucas; doblaron el cabo de Buena Esperanza, y abordaron por fin en San Lucar (1522), despues de haber dado la primera vuelta al mundo.

fos que acababa de obtener en el Asia oriental, Albuquerque volvió muy luego al Malabar. Había sabido que los radjahs del país, envalentonados por su ausencia y convencidos de que sucumbiría ante las dificultades de su empresa, habían intentado sacudir el yugo, y juró acabar con ellos, consagrando durante algunos meses todo su genio á esta importante pacificación.

Goa, su ciudad predilecta, era la que había corrido mayores peligros: amenazada, ora por las empresas de Idalcan, ora por la infidelidad de Rosalcan, había perdido á su gobernador y á la mayor parte de su guarnición: la poca que le quedaba solo se sostenía á fuerza de heroicidad, pero sin esperanza alguna. El virey acudió sin demora, y todo cambió de aspecto: una gran victoria le devolvió la ciudad y la fortaleza en la que Rosalcan aparentó defenderse, abrió también sus puertas á los pocos días. Esta rebelión de los indios fué una excelente lección, y Goa fué desde entonces tan bien fortificada, que nada tuvo que temer de sus vecinos.

Los aliados de Idalcan conocieron que su derrota era precursora de la suya, y apresuráronse á conjurar el resentimiento de Albuquerque con las mas humildes demostraciones. El virey exigió una prueba mas convincente de su arrepentimiento, pidiéndoles, segun su sistema habitual, que se levantase una ciudadela portuguesa cerca de todas sus capitales. ¿Cómo negarle lo que podía mandar? Desde entonces el Malabar dejó de sublevarse, y hasta Calicut, su capital de mas importancia, ante la cual los portugueses habían sido vencidos poco antes, no se atrevió oponer la menor resistencia, participando de la suerte común, y siendo su Zamorin el primer vasallo de Manuel.

En medio de estos triunfos, el infatigable Albuquerque no olvidó ni el golfo Pérsico, en el que Ormuz le provocaba con su independencia, ni el mar Rojo, del que Socotora no cerraba herméticamente la entrada.

El mar Rojo fué lo que primero le ocupó. Sabía que desde su ausencia de aquellas regiones, los venecianos, los egipcios y los árabes, sin hacer caso de los pocos portugueses encerrados en la fortaleza de Cozo, habían recobrado la navegación de aquel mar; que cada año se hacían fuertes en el mismo, y que acumulaban sin cesar nuevas fuerzas para ir cuando se les antejase á

luchar con él en los mismos muros de Goa, y á dejar pendiente la cuestión del imperio del Asia. Era necesario no darles tiempo para ello.

En esto llegó á saber que en las costas de la Arabia Feliz, á cuarenta kilómetros al sur de la rica Moka, había una población musulmana cuya posesión confería, mejor aunque Socotora, las llaves del mar Rojo. Era Aden, en el golfo del mismo nombre. El virey determinó conquistarla, y la prueba de que juzgaba acertadamente en esta ocasión, está en que los ingleses, tan sagaces en la materia, han apreciado como él la importancia de Aden. Dueños de esta plaza desde hace diez años, la han convertido en el Gibraltar del mar Rojo, pues ven que el comercio de Oriente tiende á seguir su antiguo camino por el Mediterráneo, y están seguros de disponer de él á su sabor con la ocupación de aquel solo punto.

En esta nueva empresa desplegó Albuquerque todo el ardor de que era capaz. No contento con ocupar Aden, tenía el designio de subir enseguida por el mar Rojo y llegar hasta Suez, á fin de destruir los poderosos armamentos de venecianos y egipcios. El éxito no correspondió á sus esperanzas: Aden fué bombardeada, mas no cayó en su poder, y las tempestades del mar Rojo le cerraron el camino de Suez, siendo preciso limitarse á Socotora. Entonces fué cuando, segun dicen, concibió otro proyecto grande y decisivo. Tratábase nada menos que de torcer el curso del Nilo, y de arruinar al Egipto que de él recibe toda la vida, obligándole á no llevar sus aguas al Mediterráneo. Pensamiento grandioso aunque cruel, pues inmolaba todo un país al monopolio mercantil de Portugal; pero el mezquino patriotismo del siglo no comprendía los derechos de la humanidad, y atropellaba por todo al tratarse de los sarracenos.

La sumisión de Ormuz consoló á Albuquerque de su desgracia en el mar Rojo. Desde el día en que algunos oficiales desleales le habían reducido á salir de la ciudad, nunca renunció á la esperanza de recobrarla y completar, con la ocupación del golfo Pérsico, el vasto sistema de establecimientos coloniales, que debía entregar á los portugueses toda la costa del Asia meridional. Al saber los preparativos del virey, Coge Atar intentó en vano recobrar el poder pagando el tributo estipulado en 1508, y hacien-

domagníficas promesas. Los portugueses solo querían su ciudad.

No bien volvieron á presentarse delante de Ormuz, el nuevo rey de los persas, Rais-Hamed, les entregó la fortaleza, que años hacia reclamaban; pero al mismo tiempo les pidió el tributo anual que le pagaba Coge Atar, como vasallo suyo. El virey mandó traer balas de cañon, fusiles, sables y ballestas, y le dijo: «Con esta moneda paga los tributos el rey de Portugal.» El persa no insistió, y Ormuz, convertida muy luego en ciudad portuguesa, llegó á tal grado de esplendor, que los asiáticos decían: «Si Ormuz no es el paraíso, muy poco le falta.»

Triste fin de Albuquerque (1515).

Tales son las hazañas del héroe de Camoens. Sus enemigos cuidaron de consagrar su gloria persiguiéndole.

Ingrato ya con Pacheco y Almeida, Manuel tampoco supo despreciar las indignas calumnias dirigidas contra su glorioso virey. Decíanle sin cesar que Albuquerque no tomaba consejo sino de sí mismo, que sacrificaba toda el Asia á Goa, que no había caso de las disposiciones de su soberano, y que la monarquía portuguesa tenía dos reyes. Manuel acabó por creerlo, y engañado también por el mal éxito de la expedición que el virey había dirigido contra Aden, le intimó la orden de reunir á los principales jefes de su ejército para deliberar con ellos sobre la evacuación de Goa.

Albuquerque confundió con su obediencia á todos sus detractores, y el insulto que le habían hecho le valió uno de sus mas brillantes triunfos, pues cuando hubo expuesto á sus oficiales la maravillosa serie de sus designios, sobre el Asia y Goa, ninguno de ellos pudo menos de manifestar su admiración. Sus calumniadores hubieron de callar, y Manuel desengañado le devolvió toda su confianza (1).

Sin embargo, sus enemigos le acusaron de aspirar á la independencia, y los mismos que poco antes negaban su genio, no presentaban otra prueba que su inmensa gloria.

El receloso Manuel resistía débilmente á estas nuevas insi-

(1) Debo, decía, mayor gratitud al rey Manuel por haber defendido Goa contra los portugueses, que á mí mismo por haberla conquistado dos veces.

nuaciones, cuando llegaron dos oficiales que Albuquerque expulsaba de las Indias, y que no se curaron de rectificar la opinión, logrando no solo justificarse, sino obtener, el uno el mando de Cochín, y el otro el cargo de secretario. La calumnia triunfaba definitivamente.

El ilustre anciano supo estas noticias en la playa de Ormuz reconquistada, y viendo en ellas el augurio de su desgracia, levantó los ojos al cielo, y exclamó: «estoy mal con el rey por amor á los hombres, y mal con los hombres por amor al rey. Anciano, vuelve los ojos á la Iglesia, y acaba de morir. Tu honra lo exige, y nunca has faltado á las leyes del honor.» Tales son las sencillas palabras sustituidas generalmente con estas: *Al sepulcro, al sepulcro, viejo cansado!* Palabras mas dramáticas, bien que carecen del sentimiento cristiano que anima á las otras.

Antes de abandonar la playa de Ormuz, conservó á su lado á su secretario, y cuando hubo dado las órdenes que estimaba convenientes para la tranquilidad del imperio, dirigió estas admirables palabras á Manuel: «Señor, en el momento de escribiros siento un temblor que me anuncia la muerte. Tengo un hijo en el reino.. Os ruego que le hagais tan grande como pueden merecerlo mis servicios... Le ordeno en cambio de mi bendición, que os lo suplique. Nada os digo respecto de los asuntos de la India, puesto que hablarán bastante al o por sí mismos y por él.»

Convencido entonces de que ni siquiera podría llegar á Goa, rogó á Dios que le diese las fuerzas que le faltaban para este viaje, y tuvo en efecto la satisfacción de terminarlo; pero estaba tan débil á su llegada, que apenas pudo dar gracias al cielo, y al dia siguiente, 16 de diciembre, antes de asomar el alba, dió el último suspiro entre las preces de la Iglesia, revestido de las insignias de la orden de Santiago, á la edad de setenta y dos años (1515).

Sus funerales fueron magníficos, siendo sus mejores ornamentos la afición de los soldados que habían realizado con él tan brillantes empresas, y la respetuosa admiración de los indios hácia su vencedor. Deslumbrados por su gloria, no querían creer que hubiese muerto como los demás hombres: «No, decían, no ha muerto; ha ido á mandar los ejércitos del cielo.» En esta circunstancia solo hubo contento para las almas bajas, envidiosas siem-

pre de la grandeza y la virtud. Muerto Albuquerque, se lisonjeaban de que iban á comenzar su reinado.

Por lo que respecta á Manuel, cuando recibió con tan fatal noticia la carta que el moribundo Albuquerque le habia dirigido, experimentó un sentimiento digno de tan gran pérdida, y no podia consolarse de haberse mostrado ingrato. Ordenó, pues, al hijo del virey que fuese al punto á verle, y colmándole de agasajos, le rogó que cambiase el nombre de Blas por el de Alfonso, á fin de que este nombre insigne no cesase de brillar en Portugal como brillaria en la historia. Cierta que Alfonso Albuquerque merecia estas consideraciones, pues al fin, Socotora conquistada, Ormuz ocupada, Malacca ya portuguesa, la Indo-China y las Molucas próximas á serlo, todas las antiguas vías del comercio asiático cerradas, y en medio de este inmenso imperio Goa, tan acertadamente elegida por capital, debian hablar en su favor mas alto que la calumnia. Y de qué recursos dispuso para obtener tan magníficos resultados? De veinte mil hombres á lo mas, derramados por las dilatadas costas del Asia meridional. Su genio bastaba para todo. Por mas que hiciesen Pacheco y Almeida, si el soberano de uno de los Estados mas reducidos de Europa brilló entre los mas poderosos príncipes del mundo, debiólo principalmente á Albuquerque.

Pero no basta admirar su genio; admiremos tambien sus virtudes, su adhesion, su desinterés, su afabilidad y su tolerancia; y si creemos parciales á los portugueses, démos fe á los mismos cuya independencia habia destruido. Cuando los gobernadores que le sucedieron cometian contra ellos actos de tiranía, los indios invocaban el nombre de Albuquerque, é iban á su sepulcro para pedirle auxilio contra sus indignos sucesores.

Gobierno de Lopez Soarez (1515-1518).

La tradicion refiere que en el mismo momento en que Albuquerque el Grande se acercaba á Goa, el capitán de un buque portugués que se aproximó á su bordo le entregó el nombramiento de D. Lopez Soarez, circunstancia fabulosa y que solo se inventó para hacer mas dramática la narracion. Tampoco es cierto que los indios y los portugueses que entonces le rodeaban

le incitasen á desobedecer prometiendo arrostrarlo todo para sostenerle en su autoridad, pues además de que nadie le desconocia lo bastante para insultarle con tal propuesta, él solo presumir su desgracia, y murió sin saber siquiera el nombre de su sucesor.

Como quiera que sea, Lopez Soarez, á quien Manuel confirió tan peligroso cargo bajo el mas modesto título de gobernador, no omitió nada para merecerlo. No satisfecho con sostener la obra de Albuquerque, con reprimir toda insurreccion, con terminar la sumision del Malabar, origen y centro del imperio portugués en las Indias, con sembrar el espanto en las costas de Arabia, en donde empero no aprovechó la ocasion de ocupar Aden, y en fin, con proseguir la famosa fundacion de Goa, aspiró tambien á la gloria de los conquistadores, y volvió sus armas contra la isla de Ceylan. Entre los numerosos reyes que se dividian aquel país, figuraba en primer lugar el de Colombo. Soarez le venció, construyó una fortaleza cerca de la capital, y reduciéndola á la condicion de tributaria, preparó la conquista de la isla entera.

Sin embargo, el hecho mas importante de este período es la extension del pderío portugués en el Asia oriental, en donde la mano de Albuquerque habia sembrado las semillas de una vasta dominacion.

Mientras la posesion de Malaca, de las Molucas y de las islas vecinas habia abierto á los europeos las grandes provincias de la Indo-China, la misma China quedaba cerrada, si bien se contaban las cosas mas extraordinarias acerca de la extension, poblacion, costumbres y riquezas de aquel misterioso país. Comparada con él, decian, la India era pobre. Soarez no pudo resistir al deseo de cerciorarse de tales prodigios, y al llegar confió á Fernando de Adrade el encargo de conducir á aquellas nuevas regiones una brillante embajada. Tomas Perez, jefe de ella, solicitó una audiencia del emperador chino, y fué recibido en la espléndida ciudad de Pekin, debiéndose confesar que en las nascentes relaciones de la cristiandad y del extremo Oriente, los chinos se distinguieron por su gran benevolencia, pues permitieron al momento que los portugueses negociasen en todo su litoral.